

# ASPECTOS SOCIALES DE LA VIDA MORAL

## (I)

Después de crear al hombre y haberlo colocado en aquel jardín de delicias para que lo cultivase y guardase, *se dijo Yavé Dios: «no es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda proporcionada a él»...* Hizo, pues, Yavé Dios caer sobre el hombre un profundo sopor; y dormido, tomó una de sus costillas, cerrando en su lugar con carne, y de la costilla que del hombre tomara, formó Yavé Dios a la mujer<sup>1</sup>.

El designio creador de Dios incluyó la participación de la criatura en la conservación y propagación del género humano, que había de poblar la tierra, sometiénola y dominando *sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra*<sup>2</sup>.

La Sabiduría infinita dispuso además que las relaciones entre los hombres no se limitaran a un trato de vecindad, ocasional y pasajero. De esas relaciones nacen vínculos firmes y estables, que constituyen el fundamento de las diversas formas de vida social. Y así, si Dios creó al hombre de modo que por sí solo no pudiera procurarse *todo aquello que la necesidad y el decoro de la vida exigen...*, la providencia divina ordenó también que el hombre naciera inclinado a asociarse y unirse a otros, en la sociedad doméstica y en la sociedad civil, *única que le puede proporcionar todo lo que basta perfectamente para la vida*<sup>3</sup>.

(1) Genes. II, 18-22;  
(2) Genes. I, 28;

(3) León XIII, enc. *Inmortale Dei*, I-XI-1885  
(D. 3165);

*El hombre, por su íntima naturaleza, es un ser social, y no puede vivir ni desarrollar sus cualidades sin relacionarse con los demás*<sup>4</sup>. La ordenación del hombre a vivir en sociedad tiene un fondo significado moral, que va más allá del mero interés o de la utilidad de cada individuo. Sobre los grandes bienes que la convivencia lleva consigo, dice la Escritura que *más valen dos que uno solo, porque logran mejor fruto de su trabajo. Si uno cae, el otro le levanta; pero ¡ay del que está solo, que si cae no tiene quien le levante!*<sup>5</sup>; y en otro lugar: *el hermano, ayudado por el hermano, es como una ciudad amurallada*<sup>6</sup>, una plaza fuerte difícil de rendir. Sin embargo, en el origen de todos estos bienes, y dándoles un fundamento firme, descubrimos una verdad más radical: *en el plan del Creador, la sociedad es un medio natural que el hombre puede y debe usar para obtener su fin*<sup>7</sup>.

La vida en sociedad facilita al individuo medios materiales y espirituales necesarios para su perfeccionamiento moral<sup>8</sup>. Pero, si es fuente de bienes, también lo es de obligaciones —con los demás, y con las diversas comunidades: familiar, profesional, nacional, internacional, eclesial, etc.—, obligaciones que revisten un carácter moral, puesto que están afectadas por la relación del hombre a su fin último, Dios. *Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor Dios*<sup>9</sup>.

Como todo lo creado se ordena a la gloria divina<sup>10</sup>, la vida del hombre en sociedad, y la sociedad misma, se orientan necesariamente al Creador, que les ha dado el ser y la vida<sup>11</sup>. *Después de Dios, el bien común es la primera y última ley de la sociedad*<sup>12</sup>, de manera que todos los individuos y grupos intermedios tienen el deber de pres-

(4) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 12; Cfr. León XIII, enc. *Diuturnum illud*, 29-VI-1881, D. 1856 (3151); enc. *Inmortale Dei*, 1-XI-1885 (D. 3165); enc. *Libertas praestantissimum*, 20-VI-1888; Pio XI, enc. *Quadragesimo anno*, 15-V-1931, D. 2270 (3743); Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963 (D. 3971, 3973, 3979); Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 18;

(5) *Eccle.* IV, 9 y 10;

(6) *Prov.* XVIII, 19;

(7) Pio XI, enc. *Divini Redemptoris*, 19-III-1937 (D. 3772);

(8) Cfr. Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 25;

(9) *Apoc.* I, 8;

(10) Cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Dei Filius*, cap. 1, can. 5, D. 1783 y 1805 (3002 y 3025);

(11) Cfr. León XIII, enc. *Inmortale Dei*, 1-XI-1885;

(12) León XIII, enc. *Au milieu des sollicitudes*, 16-II-1892; Cfr. epist. *Nôtre consolation*, 3-V-1892; Pio XI, enc. *Divini illius Magistri*, 31-XII-1929, D. 2209 (3692); enc. *Mit brennender Sorge*, 14-III-1937; Pio XII, enc. *Summi Pontificatus*, 20-X-1939 (D. 3782); Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963 (D. 3983-3985); Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, nn. 26, 71, 74, 75 y 78; decl. *Dignitatis humanae*, n. 6;



tar su colaboración personal al bien común<sup>13</sup>, que abarca el conjunto de aquellas condiciones de vida social con las cuales los hombres, las familias y las asociaciones pueden lograr con mayor plenitud y facilidad su propia perfección<sup>14</sup>.

#### LA LEY DE LA SOLIDARIDAD HUMANA Y DE LA CARIDAD

Esta obligación general se fundamenta en la solidaridad y dependencia mutua de unos hombres con otros, que tiene su raíz en el común origen y en la identidad de naturaleza de todas las criaturas humanas. Luego, Jesucristo sanó y fortaleció este vínculo humano y sobrenatural mediante su Encarnación, y mediante el sacrificio redentor que ofreció por toda la humanidad pecadora. *Ser todos hijos de Dios* —enseña el Padre—, *haber sido todos redimidos por Jesucristo es la razón más profunda de la unidad entre los hombres, y no hacen falta otros títulos*<sup>15</sup>.

La primera página de la Escritura nos narra con grandiosa sencillez cómo Dios, a modo de corona de su obra creadora, hizo al hombre a su imagen y semejanza<sup>16</sup>. Y la misma Escritura nos enseña que lo enriqueció de dones y privilegios sobrenaturales, destinándolo a una felicidad eterna e inefable. Nos muestra, además, cómo de la primera pareja proceden los demás hombres, cuya división en varios grupos y su dispersión por las diversas partes del mundo nos hace presenciar con insuperable plasticidad de lenguaje. Aun cuando se alejaron de su Creador, Dios no cesó de considerarlos como hijos que, según sus misericordiosos designios, todavía estaban destinados a reunirse un día nuevamente en su amistad<sup>17</sup>.

El Apóstol de las Gentes se constituye, a su vez, en heraldo de esta verdad, que hermana a los hombres en una gran familia, cuando anuncia al mundo griego que Dios «sacó de un mismo tronco todo el linaje de los hombres, para que habitase sobre toda la faz de la tierra, fijando la duración de su existencia y los límites de la habitación de cada pueblo, para que buscasen al Señor»<sup>18</sup>.

Maravillosa visión, que nos hace contemplar al género huma-

(13) Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963 (D. 3983);

(14) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 74; Cfr. Juan XXIII, enc. *Mater et magistra*, 15-V-1961;

(15) Carta *Vos autem*, 16-VII-1933, n. 19; Cfr.

Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 8;

(16) Cfr. *Genes.* I, 26 y 27;

(17) Cfr. *Genes.* XII, 3;

(18) *Act.* XVII, 26 y 27;

no en la unidad de su origen común en Dios: «Uno es el Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos y en todos nosotros»<sup>19</sup>; en la unidad de naturaleza, que consta en todos los hombres de cuerpo material y de alma espiritual e inmortal; en la unidad del fin inmediato y de su misión en el mundo; en la unidad de habitación: la tierra, de cuyos bienes todos los hombres pueden servirse por derecho natural, para sustentar y desarrollar su vida; en la unidad del fin sobrenatural, que es Dios mismo, al cual todos deben tender; en la unidad de los medios para conseguir ese fin.

El mismo Apóstol nos muestra a la humanidad en la unidad de relaciones con el Hijo de Dios, imagen del Dios invisible, en quien todas las cosas han sido creadas<sup>20</sup>; en la unidad de su rescate, efectuado para todos por Cristo, que restableció, mediante su santa y acerbísima pasión, la destruida amistad original con Dios, constituyéndose mediador entre Dios y los hombres: «porque uno es Dios, y uno también el mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo Hombre»<sup>21</sup>.

Y para hacer más íntima esta amistad entre Dios y la humanidad, el mismo Mediador divino y universal de salvación y de paz, en el silencio del Cenáculo, mientras se preparaba el sacrificio supremo, dejó caer de sus labios divinos la palabra que repercute vivísima a través de los siglos, suscitando heroísmos de caridad en medio de un mundo sin amor y destrozado por el odio: «éste es mi mandato: que os améis unos a otros, como Yo os he amado»<sup>22</sup>.

Verdades sobrenaturales son éstas, que establecen profundas basés y fortísimos vínculos para la unión común, reforzados por el amor de Dios y del Redentor divino, de quien todos y cada uno recibe la salud «para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe, al conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, según la medida de la plenitud de Cristo»<sup>23</sup>.

A la luz de esta unidad, de derecho y de hecho, de la humanidad entera, los individuos no se nos presentan desligados entre sí como granos de arena; sino, por el contrario, unidos —por destino e impulso natural a la vez que sobrenatural— con relaciones armónicas y mutuas, que varían con el transcurso de los tiempos<sup>24</sup>.

(19) Ephes. IV, 6;  
(20) Cfr. Colos. I, 16;  
(21) I Tim. II, 5;  
(22) Ioann. XV, 12;

(23) Ephes. IV, 12-13;  
(24) Pío XII, enc. *Summi Pontificatus*, 20-X-1939;



Considerar los deberes morales en un horizonte exclusivamente individualista, como si se tratara de algo independiente de la existencia, de las condiciones y del fin de los demás hombres, es contrario a esa solidaridad del género humano, y desde luego, a la auténtica moral católica.

El hombre tiene la obligación de contribuir al bien común de la sociedad, según sus posibilidades, procurando de algún modo el mejoramiento de los otros hombres, en todos los órdenes. Si bien no compete a la Iglesia enseñar cuáles son en concreto las estructuras temporales según las cuales debe organizarse la sociedad en cada época, o qué soluciones políticas o económicas han de adoptarse en particular, sin embargo, el Magisterio de la Iglesia sí se ha opuesto a todas aquellas ideologías que —como el liberalismo laicista y el socialismo marxista— pretenden sustraer la vida social del ámbito de la moral cristiana <sup>25</sup>.

Los vínculos de solidaridad que unen a los hombres entre sí, afectan a la persona entera, es decir, comprenden tanto su dimensión material, como la espiritual. De ahí que otro error en este campo sería reducir la actividad social al ámbito puramente material, pretendiendo, por ejemplo, que la sociedad no tiene otro fin que el bienestar económico, lo que significa coartar injustificadamente las posibilidades de la persona y de la comunidad de los hombres. La Iglesia ha condenado repetidas veces esos errores <sup>26</sup>, y ha enseñado que *la sociedad humana tiene que ser considerada, ante todo, como una realidad de orden principalmente espiritual* <sup>27</sup>.

En consecuencia, los deberes sociales no se agotan en la búsqueda del bien material; más aún, éste debe procurarse a condición de que no impida alcanzar los bienes espirituales; en concreto, con tal que los bienes materiales, lejos de ser obstáculo, constituyan un medio para una vida moral recta, y con ella, para la salvación y felicidad eterna.

Del mismo modo que Dios creó al hombre para vivir en sociedad, también *fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino*

(25) Cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 36 y const. past. *Gaudium et spes*, n. 36;

(26) Cfr. León XIII, enc. *Sapientiae christianae*,

10-I-1890; Pío XI, enc. *Divini Redemptoris*, 19-III-1937;

(27) Juan XXIII, enc. *Pacem in terris*, 11-IV-1963;

*constituyendo un pueblo*<sup>28</sup> —la Iglesia fundada por Jesucristo— que, *aunque actualmente no incluye a todos los hombres..., es un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano*<sup>29</sup>. Todos los hombres están personalmente llamados a formar parte del único y verdadero pueblo de Dios, y cada uno ha de corresponder libremente para llegar así a aquella felicidad plena del Cielo, *donde salvados por la gracia, como familia amada de Dios y de Cristo, nuestro hermano, darán a Dios gloria perfecta*<sup>30</sup>.

*Hay que reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro, en nuestros hermanos los hombres. Ninguna vida humana es una vida aislada, sino que se entrelaza con otras vidas. Ninguna persona es un verso suelto, sino que formamos todos parte de un mismo poema divino, que Dios escribe con el concurso de nuestra libertad*<sup>31</sup>.

Cada individuo, y de un modo particular el cristiano, ha de sentirse corresponsable de la conducta moral de los demás. Ninguno puede llevar una vida recta, si se despreocupa de quienes están a su alrededor. La dimensión apostólica y fraterna es, por disposición divina, tan esencial a la vida moral del hombre, que no puede concebirse una orientación a Dios que prescinda de los lazos que unen a cada persona con sus hermanos los hombres: *el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, cómo podrá amarle?*<sup>32</sup>. Y el Padre nos ha hecho meditar: *de que tú y yo nos portemos como Dios quiere —no lo olvides—, dependen muchas cosas grandes*<sup>33</sup>: la felicidad personal y la salvación eterna de muchas almas.

#### LAS OBLIGACIONES SOCIALES, PARTE DE LA VOCACIÓN PERSONAL

La sociedad se funda en los lazos de común dependencia, origen y destino que hermanan a los hombres; pero la vida social propiamente dicha depende de la participación personal de cada uno de los individuos, que pone también al servicio de los demás los dones que ha recibido del Señor y que él mismo ha sabido incrementar con su inteligencia, con su trabajo, con la asistencia recibida de la comunidad, y siempre, con la ayuda de Dios.

(28) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 9; Cfr. const. past. *Gaudium et spes*, n. 32;

(29) *Ibid.*;

(30) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 32;

(31) Homilía *Cristo presente en los cristianos*, 26-III-1967;

(32) 1 *Ioann.* IV, 20;

(33) *Camino*, n. 755;



El desarrollo de la sociedad humana se realiza, por tanto, no mediante la suma de muchas fuerzas idénticas, sino gracias a las diversas contribuciones de todos los miembros <sup>34</sup>.

El desarrollo de la sociedad humana no está al margen de los planes divinos sobre el mundo, sino que responde en último término al querer de Dios, y condiciona el logro del bien espiritual y material de los individuos. Por eso, la contribución personal de cada uno al bien común de la sociedad reviste el carácter de una auténtica e ineludible obligación moral. *La vida social no es para el hombre sobrecarga accidental. Por ello, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y le capacita para responder a su vocación* <sup>35</sup>.

Las obligaciones sociales —de muy diversa índole— son también, por tanto, auténticas responsabilidades personales, de las que habremos de rendir cuenta al Señor, Justo Juez, el último día <sup>36</sup>. No todas son del mismo género ni de la misma importancia; sino que están jerarquizadas según su objeto, su fin y sus circunstancias; unas son obligaciones de estricta justicia, en sus diversas formas; otras son exigencias de la caridad, que, siendo una virtud muy amplia y radical en toda la vida cristiana, no está al margen del ejercicio de los deberes de justicia, sino que los abarca y los supera, implicando también consecuencias diversas, que ni pueden confundirse con las de la justicia, ni siempre constituyen un mero consejo.

*El deber de justicia y caridad se cumple cada vez más contribuyendo cada uno al bien común según la propia capacidad y la necesidad ajena, promoviendo y ayudando a las instituciones, públicas y privadas, que sirven para mejorar las condiciones de vida del hombre. Hay quienes profesan amplias y generosas opiniones, pero en realidad viven siempre como si nunca tuvieran cuidado alguno de las necesidades sociales. No sólo esto; en varios países son muchos los que menosprecian las leyes y las normas sociales. No pocos, con diversos subterfugios y fraudes, no tienen reparo en soslayar los impuestos justos u otros deberes con la sociedad. Algunos subestiman ciertas normas de la vida social, por ejemplo, las referentes a la higiene o las normas de*

(34) Cfr. León XIII, enc. *Rerum novarum*, 15-V-1891;

(35) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 25;

(36) Cfr. *Matth.* XXV, 31-46;

la circulación, sin preocuparse de que su descuido pone en peligro la vida propia y la vida del prójimo.

La aceptación de las relaciones sociales y su observancia deben ser consideradas por todos como uno de los principales deberes del hombre contemporáneo. Porque cuanto más se unifica el mundo, tanto más los deberes del hombre rebasan los límites de los grupos particulares y se extienden poco a poco al universo entero. Ello es imposible si los individuos y los grupos sociales no cultivan en sí mismos y difunden en la sociedad las virtudes morales y sociales, de forma que se conviertan verdaderamente en hombres nuevos y en creadores de una nueva humanidad con el auxilio necesario de la divina gracia <sup>37</sup>.

La contribución personal al progreso material y espiritual de toda la sociedad forma parte de la vocación con la que Dios llama a cada hombre al más alto desarrollo moral; más aún, a la santidad. Según la doctrina cristiana, el hombre, dotado de naturaleza social, ha sido puesto en la tierra para que, viviendo en sociedad y bajo una autoridad ordenada por Dios <sup>38</sup>, cultive y desarrolle plenamente todas sus facultades para gloria y alabanza de su Creador; y cumpliendo fielmente los deberes de su profesión o de su vocación, sea cual fuere, logre la felicidad temporal y juntamente la eterna <sup>39</sup>.

(37) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 30;  
(38) *Rom.* III, 1;

(39) Pío XI, enc. *Quadragesimo anno*, 15-V-1931.